

neral encontrada deducir otras particulares.

« La lógica de Descartes, si aplicamos esta palabra a los principios que deben guiarnos en nuestro raciocinio, era un instrumento de defensa contra las formas capciosas del escepticismo ordinario de los pirrónicos y contra el dogmatismo contencioso de los pretendidos aristotélicos. El que descansa en el íntimo convencimiento y se refiere a los primeros principios del conocimiento intuitivo, si no reduce al silencio a su adversario, debe tener la prudencia de callar y terminar la disputa. Pero en cuanto a la investigación de la verdad, el apelar al sentido íntimo puede, por justo que sea el principio, degenerar hasta el punto de adoptar nuestras preocupaciones como reglas de creencia. En realidad nada puede, ser evidente por sí mismo, sino lo que reconoce como tal el entendimiento claro, leal y experimentado de otro hombre.

» HALLAM. »

La filosofía de Descartes fué admirada por el Siciliano Miguel Ángel Faldella (1650-1712), el cual llama a su método *análisis divino*. Sin embargo, se apartaba de él en muchos puntos, principalmente en el relativo a la certeza, teniendo por insuficiente la demostración que da de la existencia de los cuerpos, aunque no aceptaba el idealismo de Mallebranche. Faldella opinaba el que las ideas no eran mas que la percepción de las cosas; pero distinguía las innatas de las adquiridas, y creía que las primeras no eran unas imágenes ó impresiones existentes en el alma, sino una disposición, una actividad espontánea de esta para excitarlas sin impulso externo. Solo el Ente infinito puede considerarse como una verdadera sustancia; las demas cosas se llaman entes solo por analogía, y en cuanto son manifestaciones ó huellas de la sustancia única. Propendía, pues, al panteísmo, y como este, no se vale de la revelación, sino para sustraerse a las últimas consecuencias del escepticismo. Por las polémicas de Faldella contenidas en la *Galería de Minerva*, impresa en Venecia, se puede conocer la fortuna del cartesianismo en Italia y los obstáculos que encontró en este país.

Nuestros filósofos modernos le impugnaron, y aun cuando no lo diga Rosmini, Mamiani dice: « Descartes, habiendo aparecido despues de los Italianos, halló los entendimientos muy dispuestos a aplaudir su propósito de no tomar nada de los antiguos ni de los modernos (cosa que tenia mas de aparente que de verdadera), sino sacar toda la ciencia del propio ingenio. Agradó mucho a todos el oírle hablar de las materias mas sublimes en un lenguaje claro y ameno, sin emplear términos escolásticos y casi por medio de conversaciones familiares. En la mayor parte de sus deducciones era muy feliz: sus principios pocos, claros y sencillos, y sutil y muy apasionada la unión entre todas las partes de su máquina. Agradó tambien

sobremanera el tener ó creer tener reunida en un libro solo la llave de toda ciencia, de toda dificultad y de todo misterio, y el oírle decir que no servía para nada estudiar a los Latinos y a los Griegos, cosas muy gratas al mismo tiempo a la curiosidad y a la pereza humanas. En fin, agradó a la imaginación de todos un sistema tan bello y nuevo de mundos criados, descrito con la pluma de los géometras, y ordenado con tanta sublimidad que parecía en verdad señorear el universo. En virtud de todo esto se concibe fácilmente cómo pudo adquirir Descartes tan grande fama y arrastrar en pos de sus opiniones a todos los filósofos. »

El que se muestra muy severo con Descartes es Gioberti, el cual en su *Introducción al estudio de la filosofía*, discurre así:

« La propagación, si no la primera introducción del psicologismo, que hoy contiene, a pesar de algunas muestras de lo contrario, la filosofía de todo el mundo civilizado, y constituye la heterodoxia moderna, se debe atribuir a Renato Descartes. Este hombre célebre fué sin duda un matemático eminente y un físico no muy vulgar en su siglo, aunque en esto último la imaginación perjudicaba mucho en él al juicio, y no permite compararle, ni aun asemejarle a Galileo. Pero el valor del geómetra como tambien la pericia del físico son cualidades muy diferentes del genio filosófico, de que a menudo están muy distantes; y si faltasen ejemplos de matemáticos eminentes, que aparecieron mucho menos que medianos cuando se pusieron a filosofar, Descartes bastaría para probarlo. No hallo memoria en la historia de una celebridad tan poco merecida como la que se ha concedido a este hombre en las ciencias especulativas. Los males que ha causado su pluma como filósofo son enormes y difíciles de calcular, y sin embargo, no me maravillo de que se haya hecho famoso, pudiéndose mostrar en el mal una gran profundidad de entendimiento, y sucediendo raras veces que los hombres mas funestos estén dotados de un alma vulgar. Lo que sí me admira es, que Descartes haya podido conmovier el mundo y merecer entre la posteridad ilustrada la triste gloria que se suele conceder a los disipadores de la civilización y a los destructores de las naciones, con una fuerza de niño y una perspicacia filosófica mucho menos que comun. Para poder comprender un hecho tan extraordinario, no me basta su grande y bien adquirida reputación en las matemáticas. El sumo ingenio y los admirables descubrimientos de Newton no pudieron evitar que excitara la risa cuando quiso meterse en teología y sagrada hermenéutica: sin embargo, su *Comentario sobre el Apocalipsis* es una cosa mucho mas seria y grave en su género que el *Discurso sobre el método* y las *Meditaciones*. La circunstancia de ser Frances, el haber empezado Descartes a introducir en su patria el uso de escribir en lengua vulgar cosas científicas y la frivolidad propia

de los tiempos modernos explican en parte este suceso; mas no bastan para hacer comprender cómo un pueblo que produjo a Pascal y Mallebranche y un siglo en el que bajó del cielo el autor de la *Teodicea*, haya podido juzgar a Descartes digno no solo del título, sino tambien de la fama de filósofo distinguido. Sus errores y defectos son tales que arguyen falta de las cualidades mas comunes que se requieren al raciocinar. No sabe qué es lógica, tropieza a cada paso y se contradice del modo mas manifiesto casi en la misma página, sin advertirlo y sin emplear artificio alguno para encubrir ó cohonestar sus mezquinos paralogismos, lo que si bien prueba la sencillez de su alma, arguye igualmente la de su ingenio. Sus doctrinas son una mezcla de cosas muy diferentes entre sí, tomadas sin tino de varios sistemas y unidas unas a otras sin talento lógico y sin que el plagiario dé el menor indicio de haber conocido la naturaleza de sus hurtos.

« El sello especial del cartesianismo es la ligereza. El padre de la filosofía moderna pronosticaba cuál debía ser su descendencia: solo que en este caso Horacio no lleva razón, y los hijos fueron en gran parte mejores y mas consecuentes que el padre. El método y la doctrina son igualmente frívolos. El método consiste en la duda absoluta, porque el ingenio profundo de Descartes cree poder dudar de todo, y no le ocurre que esta loca empresa repugna en sí misma y es imposible de llevar a cabo. Esto no obstante, establece algunas reglas prácticas que deben seguirse constantemente para sustraerse a la duda universal; como si un hombre que duda de todo pudiese admitir ciertas reglas, una práctica, un objeto a que aplicarse y tener aquellas noticias que se incluyen en las excepciones de Descartes, las cuales son de tal naturaleza que comprenden toda la ciencia que rechaza al mismo tiempo. ¿Y qué certeza ó qué probabilidad pueden tener tales reglas? En efecto, el que duda de todo no puede tener nada por cierto, ni el que no admite algo como cierto puede tener algo por probable, pues la verosimilitud presume la verdad, y las probabilidades generales ó particulares no pueden existir sin algunos principios absolutos y universales. Y no solo pretende Descartes armonizar su escepticismo con la cualidad de hombre de bien, sino que le cree conforme con la de hombre piadoso y cristiano. Ahora bien, ¿cómo se puede ser Cristiano y Católico sin creer en Dios y su palabra? ¿cómo se puede ser Cristiano y Católico sin dar asenso y tener respeto a la revelación exterior, a la Biblia, a la Iglesia, al sacerdocio y a los ritos de la religión? Sería muy curioso y agradable saber cómo se pueden abrazar con la firme persuasión en qué consiste la fe y poner en práctica con el ardor y celo propios de la caridad los dogmas y preceptos divinos y eclesiásticos sin admitir la propia existencia y la del mundo exterior. La imposibilidad es tan palpable y clara que

un niño se haría cargo de ella; por esto los coetáneos del gran filósofo que conocían su valor en las matemáticas, no pudiéndose persuadir de que el que aplicó el álgebra a la geometría careciese de sentido comun, supusieron que la duda cartesiana era una simple ficción que usó el autor para exponer científicamente el primer bosquejo de todo conocimiento humano. Pero esta interpretación benigna no se puede conciliar con las palabras que usó Descartes al proponer su sistema propio, y sobre todo con las respuestas que da a sus adversarios, de las cuales resulta claramente que su duda era bastante seria, y que el hábil filósofo era tan apto para unir entre sí cosas diversas que creía poder cumplir las obligaciones de hombre piadoso y de bien sin saber que estaba en el mundo.

« Tambien los escépticos dudan de todo, y entre ellos se encuentran hombres muy ingeniosos. Pero el escéptico absoluto no pretende ser buen Cristiano, ni aspira a crear un sistema dogmático de filosofía. Léjos de ignorar ó disimularse la contradicción intrínseca é inevitable de su opinión, él se complace en ella y la considera como de un precio relativo, como un privilegio del escepticismo, el cual, cesando toda fe, no es propiamente un sistema, sino un juego ingenioso, con que los entendimientos mas agudos que profundos se entretienen y van pasando el tiempo, pues desconfían ó desconfían de encontrar científicamente la verdad. Se concibe que un alma no comun, pero estragada y descarriada, pueda hacerse escéptica por desesperación, como un hombre se mata por la misma causa; por lo que el escepticismo puede llamarse verdaderamente el suicidio del entendimiento. Pero Descartes nos ofrece el ejemplo único de un hombre que se hace escéptico absoluto para llegar a ser dogmático, y que de la duda universal quiere hacer salir en cuerpo y alma toda la filosofía y con ella todo el saber humano. Ahora bien el escepticismo, que como fin es una locura ingeniosa, como medio dogmático es una locura necia y ridícula, y si se quiere hacer a Descartes menos culpado que los pirrónicos y los antiguos sofistas, no se puede salvar de otro modo su inocencia que negándole el juicio natural y tan vulgar de que están dotados casi todos los hombres.

« Renato duda de todo para poder crear la filosofía. Su intención es muy buena, supuesto que si la filosofía es una cosa bella, es muy honroso y bello el ser su autor. Mas para querer plausiblemente crear un objeto cualquiera, es menester que este no se encuentre en el mundo, ó sea de aquellos que se pueden multiplicar. Miguel Ángel pudo ser escultor despues de Fidias, porque las estatuas pueden ser muchas y los aspectos imitables de lo bello son muchos, aunque la belleza sea única. Pero la filosofía, lo mismo que la verdad, es una, y aun cuando los aspectos múltiples de la verdad y la varie-

dad de sus aplicaciones den lugar á diversos sistemas, ó por mejor decir á diversas partes de un solo sistema y abran un campo vasto al ingenio del hombre, sin embargo, no pueden darse muchas filosofías, y teniendo ya una, aunque sea muy imperfecta, el querer crear otra es una cosa absurda é insufrible. Resta aun suponer que en tiempo de Descartes no hubiese mas que el nombre de dicha ciencia y aquel vago concepto que se suele tener de las cosas desconocidas. Pero Platon, Aristóteles, Plotino, San Agustín, San Buenaventura y Santo Tomas (hago mencion solamente de los nombres mas ilustres) habian vivido sobre nuestro globo y habian creído filosofar. Sus obras, fruto de largas é indecibles tareas, corrian por Europa, y Descartes pudo leerlas á su gusto, y así lo hizo en parte y robó de ellas cuanto le pareció conveniente sin citarlas y aun sin entenderlas. Aquellos hombres eminentes juntaban á un ingenio extraordinario las ventajas que ofrece una vida pasada en el estudio, las continuas meditaciones y un crédito universal; además fueron venerados como maestros por sus contemporáneos y mas aun por sus sucesores. ¿Cómo, pues, podía Descartes proponerse por objeto crear la filosofía? Si esta ciencia se hallaba en los escritos de aquellos grandes ingenios y de los que les sucedieron, era ridículo creerse autor de ellos; si ya existía, aunque imperfecta y llena de errores como todas las cosas humanas, era menester corregirla, purgarla, aumentarla y perfeccionarla; y aunque ninguno debia arriesgarse á tan ardua empresa sin sentirse con fuerzas suficientes para llevarla á cabo, el consejo considerado en sí mismo era bueno y razonable.

» Se dirá tal vez que los últimos escolásticos habian pervertido y desfigurado de tal modo la filosofía que para librarse de aquel estorbo era menester destruir enteramente el antiguo edificio y alzar uno nuevo desde sus cimientos. Pero desde desechar los malos escolásticos hasta rechazar todos los filósofos anteriores, aun los mas eminentes, sin hacer el menor caso de los trabajos y tareas de tantos ingenios sublimes, habia mucha distancia. ¿Que se diría de un médico que para remediar los defectos actuales de su ciencia, ó cualquier sistema malo, que, como suele suceder, estuviese momentáneamente en boga, propusiese cambiar cuanto se ha pensado y escrito desde Hipócrates hasta Tommasini, haciendo retroceder la ciencia mas allá de los Asclepiades y empezándola *ab ovo*, como si el arte de curar no hubiese existido hasta ahora en el mundo? Pues igual fué el objeto que Descartes se propuso en filosofía. Si pensaba que todos los filósofos precedentes, á pesar de su ingenio tan vasto y sus largas fatigas, solo habian producido sueños y quimeras, no veo cómo pudo confiar en hacer él solo lo que fué imposible á tantos hombres eminentes y á todas las generaciones cultas de las pasadas edades. Por esto si la ver-

dadera filosofía habia de nacer en los tiempos de Renato, un hombre juicioso debia concluir que esta era imposible al espíritu humano. Se puede crear una ciencia nueva cuando el objeto es nuevo, esto es, no advertido antes. Mas en verdad que el objeto de la filosofía, esto es, Dios, el hombre y el mundo, no habia pasado inadvertido aun en los tiempos mas antiguos y habia ocupado los mejores ingenios, por lo cual si sus esfuerzos habian sido enteramente vanos y los sistemas que habian fabricado eran falsos y quiméricos, la empresa debia creerse imposible de llevar á cabo. Conclusion por cierto temeraria; pero que sin embargo puede sacar un grande ingenio, como Manuel Kant, cuyo error si da mala idea de su prudencia, no perjudica al crédito de su ingenio; pero la presuncion de Descartes es pueril. Este creyó que no se habia inventado aun la filosofía y que los entendimientos mas vastos no habian sabido hallarla aunque se ocuparon continuamente de ella, y que le estaba reservado á él el descubrir este nuevo mundo, juzgando poderle encontrar *stans pede in uno* con el estudio de breve tiempo y componiendo dos ó tres opúsculos de pocas páginas, como si escribiese una novela ó una comedia. No creo que en todos los anales del género humano se pueda encontrar un ejemplo de temeridad y ligereza semejante á este. ¿Un hombre presume poder crear él solo desde sus raíces la ciencia de la humanidad, de Dios y del universo, esto es, de todo el saber humano, y siendo él un individuo, poder mas que los hombres mas ilustres, mas que todo el género humano, y poder él solo en pocos años mas que los demas en cuarenta ó mas siglos! Pero en fin, ¿cuál es este nuevo milagro? ¿Cuál es el sistema que Descartes sustituyó á la sabiduría de todos sus predecesores? Es el sistema mas insustancial, ménos sostenible, ménos lógico y mas absurdo de que hacen mencion los anales de la filosofía. Un escritor frances en medio del siglo XVII y de la Europa civilizada y cristiana proclama á son de clarín que la filosofía es por excelencia una teoría cuyos paralogismos hubieran tal vez hecho avergonzar á aquellos incultos pensadores que vivieron en la Grecia medio bárbara, antes de Pitágoras y de Tales. Tal es la pena que Dios impone á la temeridad del género humano: le castiga con sus propias obras. Las almas soberbias aspiran á lo sublime y obtienen lo ridículo; quieren hacerse dioses, como el primer autor de nuestras desventuras, y se vuelven ménos que hombres.

» Renato no solo quiso crear la filosofía, sino tambien el objeto de que trata. Y verdaderamente lo primero conduce por necesidad á lo segundo. Ahora bien, ¿cuál es la materia sustancial de la filosofía? La idea. Luego es menester crear la idea. Mas para poder conseguir esto, es necesario que la idea no exista, ó deje de existir: supuesto que lo que es no se puede razonablemente crear. Destruyase, pues, la

idea ¿Y de qué modo? Con la duda universal, arrojándola de sí, suponiendo que es una quimera y anonadándola con el propio pensamiento. Si de este modo se anula verdaderamente la idea, sin la cual no es posible el menor acto intelectual, dejó á Descartes juzgarlo; pero al fin es necesario contentarse con él, y sería una indiscrecion exigir mas de las fuerzas de un filósofo. Descartes con su escepticismo absoluto se coloca cuanto es posible en una verdadera nada mental, de donde con un *fiat* creador hará brotar la ciencia. Él hace en cuanto puede lo que un botánico que para conocer bien la naturaleza de los vegetales se propusiese crearlos, y empezase á devastar los cuadros y quemar las plantas de su jardin.

» La verdad científica, como advierte sabiamente Vico, se relaciona con la verdad de hecho, y la ciencia es un artificio por medio del cual el espíritu humano compone las verdades ideales. Pero Descartes las hace y no las crea, ó por mejor decir, las rehace tejiendo con la reflexion la tela primigenia de lo que adquiere por la intuicion. La síntesis filosófica es la repetición, el retrato y como la reverberacion de la síntesis ideal. Colocándose y organizándose la idea racionalmente por sí misma, el espíritu humano la contempla, y replegándose despues sobre sus propias intuiciones, arregla mentalmente y rehace su organizacion de un modo intelectual á fin de apropiársela. Este trabajo forma la ciencia, la cual se puede definir *la síntesis mental que representa la síntesis ideal*, y trata de esta como de su propio objeto. El filósofo, si en vez de contentarse con rehacer intelectualmente la síntesis ideal, quiere crearla del todo, se asemeja á un arquitecto que piense edificar en el aire ó á un tejedor que se prepare á tejer una tela sin estambre.

» El cartesianismo emprende la obra mas absurda que puede caber en entendimiento humano, cual es querer levantar el dogmatismo sobre el escepticismo, que es su negacion absoluta. El concebir la existencia como producida sin causa productora y hacerla salir de la nada universal (sistema atribuido á algunos filósofos, pero que profesan verdaderamente muy pocos ó ninguno) no sería mayor locura. Y en verdad, la doctrina cartesiana equivale en psicología al nihilismo ontológico que considera la nada como raíz de las cosas. Ahora bien, un sistema tan contrario á los principios del sentido comun y tan pueril en sus bases y en toda su marcha, ¿cómo ha podido formar una secta y contaminar directa ó indirectamente toda la filosofía moderna? Para comprender un hecho tan singular no basta considerarle con separacion, sino que es necesario atender á las revoluciones intelectuales que le precedieron un poco y al carácter de los tiempos en que nació. El éxito de Descartes provino de haber sido el primero en dar un paso que se habia hecho casi inevitable por el curso de las opiniones y de las creencias que entónces dominaban en

una gran parte de Europa. Cuando los ánimos están preparados para recibir un error, el primero que le publica está seguro de ser aplaudido, y la misma ligereza que emplea en esta obra contribuye á su celebridad, acomodando las nuevas opiniones al temple de las almas medianas que en todos los siglos componen la multitud erudita, y son árbitras de la fama.

» El lector me permitirá que haga algunas reflexiones no inoportunas para ilustrar este artículo de historia y para dar á conocer la naturaleza y el origen del cartesianismo. La reforma introducida por este en las ciencias especulativas viene de muy léjos. Dos doctrinas y dos literaturas se hallaban frente á frente en la Europa civilizada durante el siglo XV y á principios del XVI: constituían la una las creencias católicas, de las que el escolasticismo contenía la exposicion, y como si dijéramos, la expresion científica; la otra consistía en las tradiciones paganas encerradas en la literatura antigua, cuyos monumentos se procuraban descubrir con gran solicitud y se estudiaban con avidez increíble. Cada una de estas tenia sus ventajas y sus defectos. La primera sobresalía por la materia; la segunda prevalecia por la forma. Lo verdadero y lo bello, la solidez y la elegancia, la idea y la palabra dominaban los dos campos. Ciertamente lo verdadero debia dar á los Católicos una inmensa ventaja sobre los clásicos, mas por desgracia la idea en la última época de la filosofía escolástica habia estado casi sofocada por la pedantería de los hombres científicos y del lenguaje, y algunas sectas la habian alterado aun en sí misma. Embarazada con una glosología inútil y ridícula, obra de los escotistas, los filósofos nominalistas habian conseguido ofuscarla con sus errores y con la influencia siniestra que ejercian hasta sobre los mismos que seguían el realismo. Por esto habia sucedido á la enseñanza escolástica lo que á las instituciones viejas y decrepitas, en las cuales la forma prevalece sobre su espíritu y anula los saludables efectos de este. Á la decadencia de las escuelas se agregó la de los conventos, otra institucion degenerada que habia perdido en gran parte su antigua virtud y producía mas estorbo que utilidad á la Iglesia. Las herejías y los cismas que siguieron fueron causados no tanto por la relajacion de la disciplina de los prelados cuanto por la ignorancia, la corrupcion, grosería y carácter imperioso de los malos religiosos, que perjudicaban á los buenos y hacían odioso y despreciable el nombre de toda la congregacion. La misma Roma, tan llena de entendimientos distinguidos, en que abundaba y tal vez sobrasalía una exquisita cultura, no era amiga de los religiosos; se valía de ellos, pero no le agradaban. La frailería, como la llamaban por irrision, habia llegado á ser ridícula y despreciable en Italia no ménos que en otros puntos, y á esto añadía la licencia de sus opiniones. Las sociedades pequeñas perjudicaban á

la sociedad grande, como siempre la perjudican cuando despues de haber pasado la época de su engrandecimiento, llega el tiempo de su decadencia. Lo que se olvidó con frecuencia en la edad média, y no se ha querido reconocer aun en el día, es que la mania de las congregaciones mal constituidas recorre y agita la Europa, gozando los favores y privilegios de la moda. Así el escolasticismo y el monaquismo causaban á la Iglesia un grave daño en su propio seno, y vacilaba la fe en los pueblos católicos.

» La literatura clásica que acababa de renacer, tanto como brillaba por su forma, otro tanto era defectuosa por sus doctrinas, y por lo que hace á sus ideas, tenia respecto á los mejores escolásticos la misma inferioridad que la sabiduría de los antiguos y de los nuevos platónicos respecto á las del Evangelio y de los santos padres. En los monumentos de la gentilidad no faltaba enteramente la idea, pero estaba oscurecida, desfigurada, truncada y reducida á poco mas que la sombra de sí misma. Estos defectos estaban ocultos con la belleza incomparable de las lenguas antiguas, con la amenidad de su estilo, con el grande ingenio de los escritores y lo exquisito de los medios que empleaban los artistas, los oradores, los poetas y varios escritores de la antigüedad para hablar á los ojos, á los oídos y á la imaginación de los modernos. El brillo de lo bello supera en la mayor parte de los hombres al atractivo de lo verdadero, porque la razon es por lo comun ménos fuerte que los sentidos y la imaginación. Esto era tanto mas fácil en aquellos tiempos cuanto que una civilización refinada y degenerada habia debilitado los ánimos, si no de todos, á lo ménos de las clases mas cultas, y la morbidez creciente de las córtes los habia corrompido.

» La Iglesia Católica, intacta en su esencia, tenia necesidad de una gran reforma en las partes mudables de sus instituciones. Los espíritus mas religiosos y los ingenios mas sensatos que florecieron entónces sentian esta necesidad. Las órdenes religiosas debian volver á su pureza primitiva y tambien á su sencillez, por cuanto las nuevas condiciones geográficas y civiles de la sociedad eclesiástica, despues de haber trascurrido mas de diez siglos, lo necesitaban. La jerarquía debia purgarse de la ignominia que la ocasionaban los claustros degenerados, y la idea católica necesitaba librarse de las trabas escolásticas. Las doctrinas sublimes del Cristianismo eran dignas de exponerse con aquella perfección clásica que parece hecha propiamente para su uso, supuesto que lo bello es el vestido y la forma natural de lo verdadero. En esto convenia imitar á los santos padres griegos mas bien que á los latinos, los cuales por otra parte suministraban algunos modelos incomparables del método intrínseco con que se deben explicar las verdades ideales, uniendo científicamente la perfección de la idea

cristiana con las tradiciones anteriores de la filosofía gentílica. La poca noticia que tenian de esta los escolásticos, perjudicó á la tradición científica durante la edad média, por lo que cuando se substituyó el verdadero Aristóteles al falso, y Gemistio, Besarion, y los dos grandes Italianos Marsilio Ficino y Juan Pico, con otros eminentes Helenistas, restauraron el conocimiento del platonismo, fué posible anudar la cadena interrumpida de las escuelas y conducir la historia de la filosofía desde los principios italo-griegos hasta la entrada de los tiempos modernos. Pero ni se queria abolir la forma escolástica, ni las instituciones monásticas, sino reformarlas. La primera tenia algunas cosas excelentes, y con todos sus defectos, no puede superarla ninguna nomenclatura antigua ni moderna en rigor ni en claridad. Leed los escritos de Santo Tomas, y considerad aquella admirable sencillez, aquella precisión, aquella limpieza, aquella simetría, que podéis llamar geometría de estilo, si puede decirse así. Los principales corruptores de la forma escolástica fueron los escotistas. En cuanto al monaquismo, su objeto primitivo es noble, sublime, santo, y sus obras merecieron con frecuencia la bendición de la Iglesia y de los pueblos. El verdadero monaquismo que desmonta y fecunda los campos, conserva é ilustra los monumentos literarios, amaestra en la religion á los jóvenes y á los pueblos, lleva á los Bárbaros la civilización y á los idolátras la fe, plantando la una y la otra con el sudor y la sangre de sus conductores, que redime á los cautivos, alimenta y educa á los huérfanos, socorre á los pobres y á los desamparados, sirve y consuela á los enfermos, rescata con su propia vida la salud de los apesados, es el heroísmo cristiano organizado, y será siempre un mérito, un privilegio y una gloria inmarcesible de la Iglesia.

» Tal era la reforma legítima que se debiera haber efectuado del modo conveniente. Pero el hombre no procede casi nunca con orden, y el curso regular de la civilización se encuentra solo en los libros. La marcha efectiva de las cosas humanas es una mezcla de progresos y retrocesos, de mejoras y de alteraciones, de bien y de mal, como puede tan solo esperarse de un ser mixto cual es el hombre, que por una parte es libre y contiene la semilla de todas las virtudes, y por otra es ciego, débil, inconstante y víctima de una enfermedad incurable que corroe el feliz gérmen de su naturaleza. Sobre esta desordenada marcha vela la Providencia, la cual encamina al bien el mismo mal, y prohíbe que los extravíos sean perpetuos é irremediables. El solo desorden que Dios permite á los hombres, consiste en que en vez de dirigirse directamente al fin que les está señalado, marchen á él por caminos extraviados y den un rodeo mas ó ménos largo; pero dichas vías conducen por último al camino real, y el orden se restablece. Esperamos que no está lejos el tiempo en que la gran curva del protes-

tantismo y de la falsa filosofía volverá á conducir á los hombres al camino recto de la Iglesia Católica.

» El extravío religioso del siglo XVI, antes de haber sido aplicado á la filosofía por obra de Descartes, tomó dos formas diversas, segun la vária índole de las pasiones en que prevaleció. Los Alemanes, pueblo extraordinariamente ideal, eran afectos á las doctrinas cristianas, y no podian contentarse con aquella escasa é imperfecta sabiduría que se contenia en los escritos de los antiguos. El escolasticismo les era odioso en cuanto las doctrinas peripatéticas prevalecian en él, y los libros de Aristóteles eran casi comparados con el Evangelio: detestaban en él el elemento gentílico y no el elemento cristiano. El mismo Felipe Melancthon, que era tan amante de los antiguos (y tan poco protestante por muchos conceptos), no buscaba por lo comun en los libros clásicos mas que las bellezas de la elocuencia, el arte de escribir y los accesorios de la filosofía. Y aunque el genio de los pueblos alemanes estaba poco conaturalizado con la jerarquía católica por las razones ántes expuestas, sin embargo, los mas moderados y juiciosos odiaban mas bien los abusos de aquella, los desórdenes del monaquismo y las influencias profanas de los tiempos, que el objeto esencial de tales instituciones, y en el papa al príncipe poco ejemplar, á un Borgia, á un Médicis, y no al sucesor de San Pedro y al padre supremo de los Cristianos. Estos sentimientos eran en verdad laudables, partian de un buen principio, y si se excedian en ciertos puntos, una sábia reforma hubiera calmado los ánimos. Pero el atrevimiento orgulloso de un hombre lo echó todo á perder. Lutero, dotado de un genio no comun, pero en el cual los afectos y la imaginación predominaban sobre la razon, é imbuido de una doctrina bastante vasta, pero confusa, indigesta y prematura, confundió los desórdenes accidentales con lo sustancial y rechazó con los abusos la tradición y la Iglesia. No se debe creer sin embargo que él y sus sectarios intentasen de propósito arruinar el sistema ideal del Catolicismo y penetrasen las consecuencias lógicas de sus principios; ántes bien, lejos de disminuir la idea, la exageraron de cierto modo, cargando, por decirlo así, lo superior á nuestra inteligencia, como aparece de sus dogmas, con la predestinación fatal, el albedrío no libre, la fe sin obras y otras cosas semejantes. Por esto aun en medio de los errores mas graves, Lutero y sus fautores conservaron el genio ideal de su estirpe.

» Pero los principios de la Reforma y su método conducian directamente á la alteración de la idea, y de aquí á su negación. La doctrina luterana era un psicologismo teológico, poco luminoso por sí mismo, que guardaba todavía en gran parte la antigua ontología católica, sin advertir que no concordaba con sus principios. En efecto, queriendo ascender inmediatamente

á la expresión escrita de la verdad ideal, esto es, á la revelación, sin el auxilio de la palabra, es decir, de la Iglesia, y anulando con la tradición de quince siglos la continuidad histórica de las ideas, Lutero hizo respecto del Cristianismo lo que los primeros sacerdotes cismáticos de la antigüedad gentílica habian hecho en orden á la revelación primitiva. Y los efectos de tan temerario atrevimiento fueron semejantes por ambas partes: solo que la planta venenosa no podia producir sus primeros frutos en Alemania, porque la complexion moral de sus habitantes no lo consentia. Andando el tiempo, la lógica venció al instinto; pero aun en medio de los excesos mas deplorables de las generaciones pasada y presente, es evidente que los Alemanes se agitan y vacilan entre su genio y la doctrina que profesan, enteramente discordes. La ciencia alemana en filosofía y en religion de un siglo á este parte es un esfuerzo continuo é ingenioso, aunque vano, para recuperar la idea perdida. Pero la idea no se deja coger, ó se escapa pronto de entre las manos, cuando no se busca, ó no se recibe del modo debido. Es de notar que á pesar de tantos conatos, no ha habido despues de Leibnitz, que fué católico en sus doctrinas, un solo filósofo ilustre de Alemania que haya conseguido recomponer la fórmula ideal: los mayores ingenios no han sabido elevarse sobre el panteísmo. La razon me parece clara, y es, que ninguno puede volver á adquirir la idea sin emplear el verdadero método y sin recurrir á la tradición religiosa para poseer la palabra elemental y axiomática que exige la ciencia. De aquí es que los individuos y los pueblos que deseen recobrar la idea perdida, deben ante todo hacerse católicos. Los Alemanes podrán vivir y estudiar eternamente, y con todo su ingenio y toda su doctrina no hallarán nunca la verdad en que descansa el espíritu humano, si no empiezan por deponer la herejía, que es el psicologismo religioso, padre del filosófico y fuente de todo error. Sin embargo, en honor de esta sagaz y generosa nación, no se debe olvidar su afecto instintivo hácia la idea, afecto que conserva tan vivo aun en sus extravíos, á la manera de un ciego que anhelando la pérdida luz, se esfuerza en recobrarla, abriendo cuanto puede los ojos y dilatando sus pupilas. De aquí nace que el racionalismo y el escepticismo alemanes no suelen ser tan completamente negativos como en Francia y no atienden solo á destruir, sino que se dirigen á un fin positivo. Manuel Kant introduce una duda especulativa, que es sin duda la mas profunda que pueda proponerse el espíritu humano; pero suple con la práctica la falta de la razon pura; adora al Dios de la conciencia y va imaginando poco á poco un Cristianismo racional. Fichte, Schelling y Hegel, á despecho de su panteísmo, quisieran ser cristianos y á veces pican en católicos. Igual conflicto entre el raciocinio y el instinto se descubre en los racionalistas bíblicos, uno